

Los riesgos del revisionismo . Sobre el “renacimiento”, a propósito de un libro sobre el Renacimiento*.

*Luis Rojas Donat ***

En Chile casi no se escribe historia de Occidente. Algunos dicen que la historia de Chile debería ser nuestra única preocupación, puesto que aquí se encuentran las fuentes; otros pontifican que aquella es una historia que no nos compete ni nos afecta; todavía más, otros aseguran que es muy difícil decir algo novedoso respecto de aquello del cual tanto han escrito los europeos. Precisamente esto último se lo escuché hace veinte años, entre otros, a Julio Retamal Favereau, con ese estilo tan peculiar de él, con aire de sentencia definitiva o cosa juzgada, que el interés que yo sentía entonces por la cultura de Occidente recibió un uppercut que me dejó al borde del camino un breve tiempo. Él mismo se reivindicó saludablemente cuando publicó un libro polémico pero muy interesante sobre las posibilidades de Occidente¹, y yo salí de mi inconsciencia, retomando la senda perdida.

Por todo esto la publicación de la Universidad Gabriela Mistral², me trajo aquel recuerdo guardado en el tiempo, pero no perdido, y que convendría corregir: aunque pocos puedan alcanzar el nivel necesario (cultura, idiomas, maduración) es posible, con dignidad y rigor, escribir historia universal en Chile.

Leer la obra de Julio Retamal Favereau, ha sido muy interesante, en parte

* Apenas un pequeño esbozo de estas reflexiones, ahora transformadas, constituían una reseña bibliográfica que hice en 1998 para una revista de historia universal que un prestigioso Instituto de una prestigiosa universidad capitalina pretendía reflotar después de varios años. Desde esta buena intención han transcurrido cinco años, y he de suponer que la revista feneció de inanición, en medio de la indiferencia o la desidia, y por eso la reseña ha quedado obsoleta. Tanto es de lamentar, cuanto que se trataba de una revista de historia de Occidente, el tema de este breve ensayo, a propósito del buen libro que ahora comento,

** Profesor de Historia Universal Medieval y Moderna en la Universidad del Bío-Bío y de Historia del Derecho y las Ideas Políticas en la Universidad San Sebastián.

1 JULIO RETAMAL FAVEREAU, *Y después de Occidente ¿Qué?* Santiago. 1983,

2 JULIO RETAMAL FAVEREAU. *El Renacimiento, una invención historiográfica*. Universidad Gabriela Mistral, Santiago, 1997, 338 págs.. (En adelante se citará *El Renacimiento*...)

porque de su lectura puede formarse una idea bastante cercana, y quizás fiel, de su autor, digamos, que le representa bien. Esto me agrada, es una obra sincera, escrita con honestidad intelectual, todavía más, con pasión. Tal vez sea esto último la cara y cruz de la medalla, una virtud que pudiera llevarlo a esa frontera, siempre peligrosa pero útil, de la polémica. Realmente interesado en las ideas como es manifiesto, Retamal Favereau se cuida de no hacer resúmenes magros de ellas al analizar los autores y sus obras, domina su temperamento.

También, me resulta sorprendente porque después de haber leído *detenidamente* el libro, se comprende bien la sensatez de su título: El Renacimiento, una invención historiográfica. Abordar este libro es, de algún modo, hacerlo también con sus propias convicciones. Pugna uno mismo, como intelectual, con aquellas ideas que se le han asentado con carácter de inamovibles, y que rara vez nos hemos detenido a pensar si son susceptibles de ser reconsideradas. Desde luego, no es el único concepto que en el lenguaje historiográfico adolece de sólidos fundamentos y, quizás dependiendo del caso, de realidad histórica; v. g., la *Edad Media*, *Medievo*, *Antigüedad tardía*, *América*, Las Indias como colonias, las invasiones *bárbaras*, El imperio socialista de los Incas, El descubrimiento de América, El *capitalismo* de la burguesía medieval, y podrían citarse cuántos más. Su lectura va generando una suerte de examen interno a propósito del Renacimiento, pero que el lector que cultiva la Historia extrapola a otras llanuras temáticas que son materia de su estudio ¿Estaré yo mismo contribuyendo a la invención de aquello que estudio como existido? Viejo debate epistemológico cuyas brasas no se han extinguido nunca, porque la Historia es una invención humana, esfuerzo intelectual por develar un misterio muy profundo, el del devenir humano, construido a partir de los acontecimientos.

Valga esta apreciación preliminar para iniciar un comentario acerca de un libro que se atreve a estudiar la *existencia* de un período de la historia de Occidente, cuya realidad histórica se da por supuesta. Muchos reconocen la impropiedad del concepto, y no es la primera vez que se objeta este término historiográfico. La obra me hizo traer a mi memoria las ácidas polémicas que hace algún tiempo enfrentaron a los medievalistas europeos, particularmente franceses, por el uso del concepto *féodalisme*. La contienda en la que todos coincidían en la imprecisión del término, se trasladó, como era previsible, al enfrentamiento de visiones frente a la vida y la realidad social, digamos, políticas. Marxistas unos, liberales otros, el distanciamiento y la progresiva pérdida de serenidad y tolerancia, creó las condiciones para que surgiera una posible solución inventando otro: *féodalité*, que en las lenguas donde este neologismo fue acogido, no hizo sino agudizar las diferencias. Se libraron, en cambio, aquellas lenguas que sólo disponen de una palabra para englobar ambas nociones (*Feudalism*, *Feudalismus*). El modo de nombrar ese sistema de vinculaciones de interdependencia que caracterizó, a partir del siglo XI, al mundo medieval, y hasta el siglo XVIII en variados aspectos al mundo moderno, ha permanecido todavía sin haber podido cambiarse: *feudalismo*. Esta rememoranza es atingente porque revela que aunque las polémicas se aborden con toda erudición, pueden dejar un magro resultado, como el citado caso. No obstante, es necesario ponderar más el balance positivo que el resultado pequeño —*non multa, sed multum*—, ya que la polémica ayuda al libre juego de las opiniones, desarrolla la tolerancia y fomenta el espíritu de consenso, la *concordantia discordantium*, esto es, la armonía que puede haber en las cosas aparentemente disimiles, como decían los

universitarios medievales, tan acostumbrados a la variedad de opiniones, al *pro et contra*.

Julio Retamal Favereau señala la “imposibilidad” y la “inutilidad” de revisar toda la producción historiográfica relativa al Renacimiento para demostrar la inexistencia de éste. Es verdad que es imposible esta tarea en el estado actual de la producción historiográfica, pero no es prudente sostener la inutilidad de esta revisión exhaustiva. Si lo fuera, habría que haberlo hecho para asegurarlo. En la expresión “inutilidad” el autor desea dar por sentado que toda la discusión respecto del Renacimiento es “inútil”, porque está convencido que ni siquiera el libro que ha escrito se justifica: “no vale la pena perder más tiempo en argumentar en favor o en contra de un engendro idealista”³. Es lamentable que al final del libro, todas las páginas que he leído con interés y admiración, las mejores sin duda, queden descalificadas. No estoy de acuerdo, mi lectura y mi comentario no han sido en vano. He crecido en ambas instancias y un paso más creo haber dado en mi aproximación a la verdad. Y es necesario destacar que la verdad a secas, como también las verdades históricas, casi siempre se presentan cargadas de matices. Son tan pocas — poquísimas— las verdades absolutas en la vida, que quien cree hallarlas a cada paso, pierde el sentido de orientación.

Sobre los orígenes de la idea de Renacimiento, examina a Petrarca y Boccaccio. El desprecio por el presente que les tocó vivir encuentra explicación en el estado de cosas de su tiempo. El siglo XIV es un siglo de calamidades, de crisis material muy grave, crisis espiritual de grandes consecuencias, crisis intelectual de proporciones insospechadas; todo ello, como bien señala Retamal Favereau, puede explicarse por su contexto histórico⁴. Sin duda, un escape de la realidad puede atribuirse a los humanistas, y esta idea es fundamental para entender el problema que importa al autor: “Se trataba de hallar un nuevo método para que la razón, divorciada de la fe, pudiese afirmarse sobre bases propias”. Se creyó que éstas podían encontrarse en el mundo clásico, y en ese camino los humanistas pusieron todo su empeño. Pero el resultado fecundo, según el autor, llegó después del “Renacimiento”: “dicho método no se encontró hasta que Bacon, Galileo y Descartes fundaron el Racionalismo, en la primera mitad del siglo XVII, inaugurando así una era verdaderamente nueva, que no se proyectaba al pasado sino al futuro”⁵. El juicio tan peyorativo que Retamal Favereau tiene, carga sobre la historiografía que ha desorbitado el alcance del Renacimiento y de los humanistas, y no sobre las posibilidades de éste y éstos que son, a menudo valorados en su justa medida en muchas partes de la obra; la excepción la constituyen algunos que manifestaron una actitud arrogante frente al legado que recibían de los medievales, los cuales, mucho más agradecidos de la tradición, se sintieron como enanos montados sobre los hombros de gigantes.

Más que por los modernistas, el libro debería ser leído por medievalistas. Se corrobora así la muy sugerente expresión de Jacques Le Goff, que ha calificado al Renacimiento como el último, y quizá el más hermoso, capítulo de la Edad Media. Deslizándose por un lenguaje cuidado y terso, el lector comprende el verdadero

3 *El Renacimiento...* pp. 336-7.

4 *El Renacimiento...* pp. 28-9.

5 *El Renacimiento...* p. 29.

ensañamiento con que muchos intelectuales, antes y ahora, por querer destacar toda la época renacentista, las han emprendido contra el medioevo. Ha existido una franca obsesión, indiscutida, ignorante y prejuiciosa contra la Edad Media. Citando a Eugenio Garín, explica nuestro autor el nacimiento de la idea misma de renacimiento, no como hecho histórico sino como concepto; indisolublemente asociado a la concepción peyorativa de los tiempos medievales, el Renacimiento no surge sino después de un período de decadencia, y esta conciencia de transición la habrían desarrollado los propios contemporáneos, como sostiene P. O. Kristeller. Construido sobre el desprestigio del medioevo, el Renacimiento no ha surgido, pues, con carácter propio e independiente, sino por efecto de contraste, como cuando los adolescentes buscando afirmar su individualidad, lo hacen oponiéndose a sus padres. Medioevo-Renacimiento, penumbra-luz, barbarie-civilización, fe-razón, tristeza-alegría, violencia-paz, en todos estos absurdos antagonismos, ciertamente falsos, se han formado generaciones, por culpa de... Julio Retamal lo sabe, el libro testimonia quienes son los responsables.

El Humanismo parece ser la novedad, como ha dicho Alberto Tenenti, un leve énfasis que no obstante, provoca el progresivo cambio. Pero no debe antagonizarse con el catolicismo, porque los humanistas, criticando a la Iglesia, no deseaban apartarse de ella. Dice Julio Retamal: “El Humanismo, como católico que era, no podía romper con Roma; como optimista que era, no podía renegar del libre albedrío; como racional que era, no podía desconocer el valor de las obras y la contribución de cada hombre a su propia salvación”⁶.

Es tiempo ya para una mirada más acorde, cuanto más pueda el intelecto humano, con la verdad. No son más que puntos de vista, todos ellos muy vulnerables —he aquí el drama—, en los que se evidencia una tendencia a encontrar rupturas o cambios, obsesión manifiesta de la intelectualidad occidental, siempre mucho más atenta al cambio y a la novedad, pero olvidando que en el acontecer histórico —sostengo— siempre es más el continuismo que la ruptura. Me parece, muy modestamente, que el sentido de crisis, intrínsecamente arraigado en la cultura occidental, explica esta tendencia reiterativa. En todas las épocas ha habido anuncios de cambios, de rupturas, de términos y de nacimientos. Occidente es una cultura intrínsecamente insatisfecha, y por eso propensa al cambio; si éste fuera más significativo que la permanencia, nuestra cultura sería ininteligible. El juicio sereno e informado del autor le dan la razón: “En toda su línea gruesa Occidente sigue siendo igual a sí mismo, a pesar de las profundas modificaciones que sobrevienen incesantemente. De no ser así, nuestra cultura no sería reconocible y habría desbarrado sin remedio y sin rumbo”⁷.

Resulta interesante revisar la nomenclatura histórica. Los que enseñamos de modo científico el pasado, acostumbramos a demoler los conceptos, los rótulos y carteles de las épocas. Tenemos argumentos tomados desde el mismo pasado que estudiamos, pero no somos lo suficientemente diligentes para escarbar en su nacimiento, en los prejuicios que le originaron. Toda la revisión, sin duda exhaustiva, de la historiografía posterior al Renacimiento⁸, el papel muy especial que le cabe a Michelet y a

6 *El Renacimiento...* p. 296.

7 *El Renacimiento...* pp. 40-1.

8 *El Renacimiento...* pp. 53-60.

Burckhardt⁹ y los continuadores de éste¹⁰ revelan la confusión entre Renacimiento y Reforma, como también, la dificultad de comprender cabalmente el momento en que la cultura de Occidente comienza su tránsito, nunca violento, del teocentrismo al antropocentrismo. Insistir en la relación estrechísima entre Medioevo y Renacimiento es orientar en la dirección correcta. Y me parece que Julio Retamal Favereau aporta pruebas contundentes en este sentido, las que deben ser valoradas no con ánimo polémico —aquí la debilidad de su fortaleza—, sino como el compromiso de un estudioso de la historia de develar lo que le parece verdadero, tan digno como cualquier esfuerzo en otras áreas, en las que se ha “desmitificado” el pasado. El compromiso con la verdad, rigurosamente estudiada, más que un mérito para el autor, debería considerarse como una obligación ineludible

Creo que el editor pudo remediar un detalle: un orden más detallado en el índice que orientara al lector, como también en las distintas partes del texto. Los autores se superponen uno tras otro en la mente de quien lee. Se pierden los matices. Como suele suceder cuando se visita una gran pinacoteca, al final no es posible retener con orden las diferencias que separan unos cuadros de otros; así me parece sentir esta lectura. Con todo, el texto va dejando clara la distinción entre Humanismo y Renacimiento, idea que está señalada en la conclusión. Pero lo verdaderamente interesante son los caminos que conducen a esta última. Había material y crítica para clasificar más explícitamente. Las ideas se repiten, los conceptos igual, por lo mismo también la crítica. Varios subtítulos habrían mejorado este buen libro. Son muchas las ideas y muchos los exámenes. En el caso del Renacimiento español, respecto de sus defensores, cabía evidentemente una clasificación, o por lo menos, una subdivisión.

Soy de opinión de que el examen de cada uno de los autores, uno tras otro, sin un criterio clasificatorio que hubiese impedido la excesiva reiteración, otorga al libro un aire de encono, de obsesión, una sensación de cierto “apriorismo” en el examen individual que, sostengo, no ha sido el ánimo del autor, quien se ha preocupado de ser especialmente serio. Cuando es necesario destaca los méritos de la obra que critica, y a veces, despedaza, como por ejemplo, a Burckhard¹¹.

Me parece discutible negar la posibilidad de uso del concepto “ideológico” para el siglo XVI. En su crítica a José Antonio Maravall —tal vez una de las mejores—, dice Julio Retamal Favereau que “la ideología es propio sólo del siglo XX”¹², y por eso constituye un anacronismo. Es cierto, pero la dura crítica se hace indulgente después, cuando admite que puede usarse hoy, aunque con extrema cautela; cierto también, si ello permite comprender una determinada realidad, si entendemos por ella —con toda la imprecisión que lleva aparejada¹³— una visión del mundo bajo un preconcepto. Me parece exagerado no admitirlo,

9 *El Renacimiento...* pp. 60-8.

10 *El Renacimiento...* pp. 69-105.

11 *El Renacimiento...* p. 69.

12 *El Renacimiento...* p. 185.

13 *El Renacimiento...* p. 228.

ya que se usa también “imperialismo” en el caso de la *res publica* romana. Aquel correspondería a una realidad histórica propiamente decimonónica. De seguir por este camino podría ser que corramos el riesgo de quedarnos sin palabras para escribir, obsesionados por un paralizante puntillismo filológico y/o semántico de carácter histórico. Podría caerse en el mismo error o exageración que se les reprochaba a ciertos humanistas que buscaban celosamente usar el latín única y exclusivamente ciceroniano, a quienes Erasmo ridiculizó con elegancia —y sorna— en su *Ciceronianus* en pleno Renacimiento.

En la crítica a José Luis Abellán¹⁴ aporta datos interesantes sobre el papel jugado por la imprenta en el siglo XV, y es necesario decir que tiene y no tiene razón. Razón en que se editaron mayoritariamente obras de piedad y devoción o los tratados teológicos y la Biblia, esto es, nada novedoso. Pero también es cierto que la rapidez de su difusión (naturalmente no en el siglo XV sino en XVI) provocó un impacto sorprendente, aunque no decisivo. Las correcciones bien informadas y responsables de Julio Retamal invitan a estar en alerta con los clisés ¡Qué contrasentido más perjudicial para la ciencia histórica!

Puede reprochársele los múltiples giros lingüísticos y expresiones que revelan abiertamente ironía, quizás si hasta cercana al prejuicio; en otros lugares el exceso de suspicacia en el análisis de las ideas expuestas por los autores le lleva a juicios y/o preguntas anticipadas. Esto no aporta nada, sino al contrario, le resta fuerza a las ideas. Pero esta crítica es oportuna, necesaria y saludable, aunque cause irritación. Sin embargo, los juicios del autor, que a primera vista, aparecen irreverentes y hasta insolentes, van cediendo al comprobar cómo los historiadores se permiten toda clase de interpretaciones livianas, infundadas, sobreanálisis, pura recreación. Lo más irritante es que dichos intelectuales que estudian el Renacimiento, las han emprendido contra el medievo. Es sorprendente que el estudioso del pasado termine acostumbrándose sin crítica a los prejuicios de los historiadores del siglo XIX y varios del XX, y sin embargo, probablemente, algunos hoy sientan escrúpulos por los que, con franqueza y conocimiento, emite Julio Retamal Favereau.

Pero hay que ser justo al apreciar el libro en su totalidad: es finalmente el punto de vista de un historiador cuyas convicciones se perciben a cada instante en el texto. Todo ello, en su justa medida, es necesario en el actual estado del conocimiento histórico; resulta más creíble la exposición del juicio formado al calor del estudio, cuyo resultado sea compartido o no, que una pretendida objetividad en la que puede esconderse una ambigüedad que no convence, y lo que es peor, provoca escepticismo. Todo este libro ofrece la muy buena oportunidad para entender cómo se comprende el pasado, siempre complejo, y cómo se expone con claridad dicha comprensión.

Me parece que la obra va evolucionando a medida que la lectura avanza; el lenguaje, que nunca llega a ser irreverente, se percibe menos embarazado con la réplica, se llena de contenidos y argumentos. Es verdad que tiene otra tónica el buenísimo último capítulo, pues el autor aborda los temas más importantes y trascendentes prescindiendo en parte de la historiografía; se le ve más suelto y relajado, poniendo al servicio del tema toda su erudición y cultura, la cual dignifica a los historiadores universalistas chilenos: Erasmo, Humanismo y

14 *El Renacimiento...* pp. 213-221

prerreforma, el Humanismo en España, todo esto, quizás, lo mejor de este buen libro acerca del controvertido período —el Renacimiento— que, curiosamente, el autor considera que no merece seguir viviendo.

En su momento, esta obra debió haber sido premiada por las mismas razones que lo fue otra publicada simultáneamente relativa a Chile, que encendió algunos ánimos en la clase intelectual y política; ambas están dominadas por el revisionismo, por la franqueza, por la crítica positiva y por esa saludable costumbre de ir al grano, virtudes todas estas muy necesarias y que en el medio universitario urge su presencia y dominio. El mundo de los universitarios está de tal manera complicado en círculos de relaciones, de intereses y de compromisos recíprocos, que la crítica se hace a hurtadillas, en la conversación de pasillo y siempre en ausencia del aludido, por ningún motivo un desacuerdo frontal, menos por escrito. Todos los ambientes intelectuales —o que se hacen pasar por tal— son así, el nuestro no es menos. Tolerar estos ambientes no hace sino poner en vigencia el aforismo medieval *vita communis mea maxima poenitentia*. No obstante, hay crítica pero a la hora de expresarla la condescendencia y la conveniencia pueden más.

Esta es una obra importante en nuestro medio chileno. Julio Retamal Favereau ha tenido la valentía de llevar todas estas reflexiones a un libro, y la Universidad Gabriela Mistral la mirada de alto vuelo para publicar una obra que dignifica la cultura superior chilena. Algunos dirán que no pasa de una mera pretensión un texto cuyo tema hay que dejárselo a los europeos. Me consta que los estadounidenses, algunos con bastante menos cultura y método, se atreven a escribir libros de menor calidad sobre temas europeos.

Sólo un intelectual de gran cultura ha podido escribir este libro. Soy de opinión de que es una obra de gran calidad intelectual, hecha con la ayuda de un gran bagaje de conocimientos, como también, de madurez, y pienso que los chilenos, con esfuerzo y disciplina, podemos decir algo acerca del pasado europeo —pero *universal* para nosotros— que nos toca mucho más de lo que se cree. Decir algo es siempre un riesgo, significa exponerse a la crítica, al descubrimiento de los errores de interpretación, a los peligros de las exageraciones. *Per aspera ad astra*. Todo ello no la desmerece ni disminuye, sino que la valida en cuanto se trata de hacer una contribución al proceso ineludible de desmitificación del pasado, al debate de ideas que en Chile languidece. Si Julio Retamal Favereau no hubiese escrito este libro, sabiendo lo que sabía acerca de lo que él llama “engendro decimonónico”, habría sido un representante más de la mediocridad que tanto abunda. Me alegro de haber leído un libro valioso, que me ha hecho concordar y a la vez discrepar.